

ECO DEL SEGURA

AÑO V.

CIEZA 21 FEBRERO DE 1909.

NÚM. 194.

BANCO DE CARTAGENA

CARTAGENA, MURCIA, SEVILLA, ALICANTE, HUELVA, LORCA, LA UNIÓN, ÁGUILAS, ORIHUELA, MAZARRÓN, CIEZA, CARAYACA, MELILLA Y HELLÍN

CAJA DE AHORROS

Saldo anterior.	Ptas. 9.129.423'15
Imposiciones durante la semana	" 422.224'01
SUMA.	Ptas 9.551.667'18
Reintegros.	" 277.276'88
SALDO.	Ptas. 9.274.390'33

Cartagena 6 de Febrero de 1909.

SUCURSAL DE CIEZA. HORAS DE DESPACHO

CAJA: De 9 y 11/2 á 1, y de 3 y 1/2 á 4 y 1/2.
OPERACIONES Y GIROS: De 10 á 1.

DEL DIA

Costumbre inveterada de los tiempos pasados, obliga en estos días á cubrirse el rostro con un pedazo de cartón ó percalina, y á salir á la calle vestido de mamarracho, lanzando á diestro y siniestro con voz destemplada y contorsiones ridículas la frase obligada de: «No me conoces.»

Y esta frasecilla hay que repetirla á todo el mundo; y cuanto menos confianza y trato se tenga con aquel á quien se dirija, mucho mejor. ¡Es de más efecto!

En estos días hay distintas y variadas clases de máscaras, como hay en un establecimiento acreditado de pasamanería distintas y variadas clases de encajes, en color, dibujo y precios.

Todas ellas, las máscaras, llevan por fin principal *divertirse*, y menos de esto hacen de todo.

Hay (y son los más) quien se cubre el semblante con la careta, para decir, amparado en la inmunidad del día, y en la *sobrecara* que exhibe, cosas que no diría si fuera desprovisto del trozo de cartón pintado de chillones colores ó del trozo de hule vicolor.

Hay quien se disfraza para emborracharse, y lograr á fuerza de estúpideces y desvergüenzas la *honrosa* plaza de chocante y de gracioso.

Y hay, por último, entre otro infinidad de clases que no reseñamos, quien se viste de máscara para, impútemente, declarar su pasión amorosa, al hada celestial de sus dulces ensueños y de sus doradas ilusiones.

Pues bien; todas las clases de máscaras no son más que un modo estúpido y una floja representación del estado actual del mundo y mejor dicho no del estado actual, sino del estado social de todos los tiempos y de todas las edades.

El Carnaval, sin duda fué inventado por persona muy... sabia. Y digo que debió inventarlo persona muy... culta, para dar *franquicia* de valiente; de franco y desahogado á muchos oprimidos, que no podían hablar á sus feudales opresores cara á cara, sin esperar castigos crueles.

Mas ahora bien: ¿No vivimos los hombre en Carnaval constante? El rostro descubierto, sin antifaz alguno, se acomodó pronto al momentáneo estado de presentación mascaril; y sin darse cuenta, el hombre que se disfraza en las Carnestolendas, creyéndose aun disfrazado, dice lo contrario de lo que piensa, y ya aparece como dadivoso un miserable usurero; ya se nos representa como valiente avezado un inofensivo malandrín; ya se publican por los ámbitos mundiales los hechos grandiosos del que pagó las voces que cantaron sus hazañas.

Todos los hombres, desde que nacemos, somos máscaras. A unos nos sobra habilidad y gracejo para dar la broma constante á todos aquellos con quienes vivimos, y á otros nos falta intención, *fondo*, para no dejarnos conocer en la perpétua broma, y somos descubiertos al primer «no me conoces» que soltamos.

La máscara del rostro no es más que una fea reflexión de la que llevamos en el alma; y aunque no nos presentemos disfrazados externamente, en realidad de verdad, lo vamos internamente; y de tal modo que no hay temor de que se rompa el cartón de la careta aunque se moje, ni de que se resquebraje el hule del antifaz aunque se le den muchas dobleces.

Y es que la perpétua máscara que nos ponemos al nacer y que nos quitamos en la tumba, la llevamos muy dentro, muy dentro, en la masa de la sangre.

Y es preciso que el Carnaval social constante exista; es preciso que *viva* el Carnaval, porque si desapareciera

la ficción, el dolo, el engaño, la mentira, en una palabra, la sociedad que á diario pide la desaparición y destronamiento de esta reina del mundo, esa sociedad que anhela y lucha quijotesca por que la verdad triunfe en la temible campaña, esa sociedad, tal vez, tal vez, fuera, de conseguir sus deseos, sometida á tormentos mucho más crueles, y tristezas horriblemente mayores, si las cosas y las personas se presentasen como deben ser, ornadas unas y otras con la fría y escueta realidad.

Muy triste es, el que jamás el hombre conozca al hombre, y que á diario Judas nuevos, en nuestras horas de angustia, estampen ósculo de amistosa protección en nuestras mejillas; muy triste es que el hombre abra de par en par las puertas de su corazón á la amistad, que él cree sincera, y que sus francas expansiones sirvan de arma al amigo para herirlo impunemente por la espalda; muy triste es que el hombre que entrega su amor, su libertad, su vida, su honra, á la mujer que quiere se vea burlado y escarnecido; muy triste es que la mujer amante que se une por amor al hombre que adora, desconocedora de falaces tratos, inocente, cariñosa y dotada por el Cielo de condiciones envidiables, sea maltratada por el hombre á quien se unió, y dejada sola llorar en el rincón de su alcoba el triste abandono que la atormenta; muy triste es que un padre abandone á sus hijos y trate de justificar su acción; pero mucho y muchísimo más triste sería, que apareciesen tal y como son los humanos seres.

Sin la ilusión, que es una mentira, no sería posible la sociedad; y sin la mentira, que es el Carnaval, sería igualmente imposible la existencia de aquella.

Los tiempos en el tiempo se suceden, y los hombre suceden á los hombres, siguiendo éstos de aquellos las costumbres, que en el suelo de la sociedad

tanto más abonado y fructífero cuanto más corrompido y abominable, echaron raíces profundas y potentes.

El Carnaval es necesario para que la humanidad entera en estos tres días, exteriorice todo cuanto almacena durante el año.

Y si no existiera el Carnaval, hubiera necesidad y sería preciso inventarlo, para oscurecer un algo el Carnaval perpétuo que llevamos en el alma.

R. M.^a CAPDEVILA.

JOYAS LITERARIAS

A buen juez, mejor festigo

Tradición de Toledo

II

(Conclusión)

Y él contempla á los que pasan
Como si á alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
Los pasos al divisarle,
Cual temiendo de seguro
Que les proponga un combate
Y los valientes le miran
Cual si sintieran dejarle
Sin que libres sus estoques
En rifa sonora dancen.
Una mujer también sola
Se viene el llano adelante,
La luz del rostro escondida
En tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso,
Y en lo flexible del tallo,
Puede á través de los velos
Una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
Y él al encuentro la sale
Diciendo... cuanto se dicen
En las citas los amantes.
Mas ella, galanterías
Dejando severa aparte,
Así al mancebo interrumpe
En voz decisiva y grave:
«Abreviemos de razones,
Diego Martínez; mi padre,

